

Los elefantes andan descalzos

PEDRO TOUCEDA

Letrame. Madrid, 2019. 184 pp. 15 €

Periodista, fotógrafo, cineasta y narrador, de Pedro Touceda (Madrid, 1958) se cuenta que en los años 80 se autoeditó tres libros —*Un solo de calle* (1982), *Caramelos envenenados* (1983) y *Mucho cuento* (1984)— que vendía en el Rastro y en la Feria del Libro disfrazado de hombre anuncio. Ahora vuelve a las andadas con un estupendo libro de relatos que juega con sus recuerdos esquivando con acierto tanto el sentimentalismo como lo lúgubre o tenebroso. Así, a través de 41 cuentos, Touceda recupera al niño que fue y que comenzó otra vida cuando él y su familia (los padres, los abuelos y los cuatro hermanos, que luego serían seis) se fueron a vivir al “más allá”, esto es, al nuevo barrio de Nuestra Señora de Lourdes, cerca de la Casa de Campo, a un edificio circular diseñado por Sáenz de Oiza.

Gracias al niño Touceda conocemos al mejor profesor del mundo y a los temibles hermanos Álvarez, vecinos y cómplices temidos en todo el barrio; nos unimos a una pandilla casi suicida, nos divertimos con la última broma del abuelo, y con las peripecias de un adolescente demasiado parecido a Pedro el de los Pecos; con su primer beso y su primer adiós. Y, sobre todo, descubrimos a la asombrosa abuela Consuelo, que tras sospechar que el abuelo ha sido asesinado se escapa una noche de casa para casarse con su prometido, el rey Ramón I de España y V de Alemania, ante el asombro de los guardias del Palacio Real. Divertido, poético y sentimental, sólo se puede reprochar al libro un defecto: su brevedad. **ELENA COSTA**

Drácula, luz de mi vida

ALFREDO BARANDA. Premio Tristana. Menoscuarto. Palencia, 2019. 176 páginas. 16,90 €

“Todo recuerdo es un ejercicio de la fantasía, no de la memoria”, dice el genuino protagonista de esta novela, en realidad quien mantiene la “conversación” que nos interpela a lo largo de sus páginas. Y añade: “el que muere se transforma de inmediato en un personaje de ficción en la novela del recuerdo”. Esta es la tesis sobre la que se sustenta el tercer libro de Alfredo Baranda (Palencia, 1958), *Dracula, luz de mi vida*, reconocido con el XI Premio Tristana de Novela Fantástica. Y sí, es un ejercicio de fantasía el hecho mismo de elegir el mítico personaje de Stoker, en la memoria de todos por el gran número de versiones cinematográficas que le han rendido homenaje, de atreverse a

resucitarlo para que desafíe a su autor, de reconstruirlo y deconstruir su génesis. Es, desde luego, un alarde de invención poética, original, de estilo poco común, culto, preciso, coronado con referencias mayúsculas a la literatura universal, desde Kafka, a quien se cita antes de arrancar, hasta Baudelaire, Wilde, Goethe... Ejercicio que deslumbra y admira, también despista y confunde.

Todo parece parte de un juego que no conviene desvelar, “como un cuento chino sin pies ni cabeza, deslavazado, lleno de lagunas, incongruente muchas veces”. No es, por tanto, una novela al uso, ni su trama respeta convención alguna, zigzaguea, va y viene, la interrumpen digresiones, y si hemos de advertir de algo es

de que todo el interés lo acapara la enigmática identidad y la ambigua intención de este absorbente protagonista.

Su voz es la única registrada en lo que podría ser una entrevista interrumpida en la que se presenta como un nuevo vampiro, irreverente, burlón y sagaz, que se enfrenta al autor del original tildando de “epítome de la fealdad física y moral” a su criatura, que presume de ser amigo de los autores mencionados, que entre burlas y veras despliega máximas filosóficas, desautoriza las dicotomías artísticas y estéticas sobre las que se construyó Dracula y desafía cuanto se le pone por delante. Parece corresponder a un tipo gallardo y altivo que poco tie-

ne que ver con el original, ni lo pretende. Su delirante conversación nos conduce de sus orígenes (¿humanos?) a sus proezas, sin orden ni sentido claro, va y viene por la Europa del siglo XX en una especie de trayectoria errática que pone énfasis en la peculiaridad

de su esencia: bebe sangre humana y es consciente de que, con cada succión, alcanza “el significado abocetado” del alma de sus víctimas (algunas son Luis XVI, la reina Victoria, Emily Brontë). Y eso no es todo, también incorpo-

ra el vocabulario y la gramática de las presas de las que se alimenta, lo que justifica su discurso sesudo y el reguero de reflexiones que va dejando. Puro deleite su estilo. Ficción pura esta “novela del recuerdo”, otra vuelta de tuerca sobre el mito. **PILAR CASTRO**



FÉLIX ÍÑIGO

**PURO DELEITE SU ESTILO.
FICCIÓN PURA ESTA “NOVELA
DEL RECUERDO”, OTRA VUELTA
DE TUERCA SOBRE EL MITO**